

GRUPO DE POESÍA DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UAM

POESÍA COMENTADA (23)

En esta entrega de poesía mensual, buceamos en el primer “Recetario Poético de los Estudiantes de Medicina de la UAM”, pág. 213, de la mano de José Luis Aranda que nos guía a través de la talentosa pluma de Quevedo. Estos conocidos versos, que a muchos resonarán en la memoria, son la fotografía de la decadencia, del deterioro, del paso del tiempo... En el paisaje, en las instituciones que se alejan de sus días gloriosos, en los valores que se desmoronan y pierden brillo, en el alma cansada de quien lleva muchos años a su espalda... Ante esta revelación, Quevedo, se siente vencido.

MIRÉ LOS MUROS DE LA PATRIA MÍA (Francisco de Quevedo)



Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo: vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados
que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi casa: vi que amancillada
de anciana habitación era despojos,
mi báculo más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Comentario:

Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645) nació en Madrid y murió en Villanueva de los Infantes. Su obra fue fecunda, variada y de un nivel excelso. Cultivó todos los géneros literarios de su época y los llenó de matices burlescos, hirientes, pesimistas y rebeldes con el poder. Nos dejó también poemas de amor y quizás el soneto más hermoso escrito en lengua castellana, que perpetúa el amor más allá de la muerte.

Este soneto de Quevedo, de gran belleza, tiene una interpretación más sencilla en su comprensión, aunque si bien parece que quiere reflejar la decadencia del imperio, donde no se ponía el sol, fruto del mal gobierno, despilfarro, y corrupción del poder omnímodo y mal administrado de la España del Siglo de Oro, también se ha intentado asociar a una reflexión sobre su decadencia física y biológica que no obstante también se expresa en cualquier caso en los tercetos. Hay mucha tristeza y poca esperanza, ausente de ningún matiz religioso en el que se pueda refugiar el autor. El elenco de extraordinarios escritores del Siglo de Oro alcanzó un nivel inigualable. Quevedo, sin duda, pertenece a esta prodigiosa generación.

José Luís Aranda
Médico